

¿QUÉ ES EL ESPIRITISMO?

*Introducción al conocimiento del mundo invisible por las
manifestaciones de los espíritus*

por

ALLAN KARDEC

que contiene

*el resumen de los principios de la Doctrina Espiritista y las
respuestas a las principales objeciones*

Versión completa según el original en francés,
que incluye los 162 párrafos de la obra original sin censura.



Editorial ELA

Andrés Mellado, 42

Tel 91 5434781

28015 Madrid

www.libreriaargentina.com

Índice

Preámbulo	7
Introducción	8
Capítulo I. Breve conferencia espiritista	
Diálogo primero: El crítico	13
Diálogo segundo: El escéptico	20
Espiritismo y Espiritualismo	21
Disidencias	22
Fenómenos espiritistas simulados	23
Impotencia de los detractores	24
Lo maravilloso y lo sobrenatural	25
Oposición de la ciencia	26
Falsas explicaciones de los fenómenos	30
Los incrédulos no pueden ver para convencerse	32
Buena o mala voluntad de los espíritus para convencer	33
Origen de las ideas espiritistas modernas	34
Medios de comunicación	36
Médiums interesados	39
Los médiums y los hechiceros	42
Diversidad de los espíritus	43
Utilidad práctica de las manifestaciones	46
Locura, suicidio, obsesión	47
Olvido del pasado	48
Elementos de convicción	50
Sociedad para la continuación de las obras espiritistas de Allan Kardec	52
Prohibición del Espiritismo	53
Diálogo tercero. El sacerdote	53
Capítulo II. Nociones elementales de Espiritismo	
Observaciones preliminares	70
De los espíritus	71
Comunicaciones con el mundo invisible	74
Fin providencial de las manifestaciones espiritistas	81
De los médiums	82
Escollos de los médiums	85
Cualidades de los médiums	87
Charlatanismo	90
Identidad de los espíritus	90
Contradicciones	91
Consecuencias del Espiritismo	92
Capítulo III. Solución a algunos problemas por medio de la Doctrina Espiritista	
Pluralidad de mundos	96
Del alma	96
El hombre durante la vida terrestre	98
El hombre después de la muerte	105

Preámbulo

Las personas que sólo tienen del Espiritismo un conocimiento superficial, se ven naturalmente impulsadas a hacer ciertas preguntas, cuya respuesta hallarían con un estudio profundo. Pero les falta tiempo y a menudo voluntad para entregarse a continuadas observaciones y quisieran, antes de empezar semejante tarea, saber por lo menos de que se trata y si vale la pena ocuparse de ello. Nos ha parecido pues útil, ofrecer en resumen la respuesta que debe darse a las preguntas fundamentales que nos dirigen diariamente. Esto será para el lector una primera iniciación y ahorro de tiempo para nosotros, dispensándonos de repetir constantemente las mismas respuestas.

En la Introducción damos una rápida ojeada sobre la historia del Espiritismo en la antigüedad, exponiendo a la vez su aparición más marcada en estos últimos tiempos en América y Europa y especialmente en ésta, donde ha podido reunirse mayor número de elementos para constituir un cuerpo de doctrina.

El primer capítulo contiene, en forma de diálogo, las respuestas a las objeciones más comunes que hacen los que ignoran los primeros fundamentos de la doctrina, así como también la refutación de los principales argumentos de sus adversarios. Esta forma nos ha parecido la más conveniente, porque no tiene la aridez del dogma.

El segundo capítulo está dedicado a la exposición somera de las partes de la ciencia práctica y experimental, en las cuales, a falta de una perfecta instrucción, debe fijarse el observador novel para juzgar con conocimiento de causa. Es en cierto modo el resumen de "El Libro de los Médiums" (Editorial ELA). Las objeciones nacen frecuentemente de las ideas falsas que a priori nos formamos de lo que no conocemos; rectificar éstas es salir al encuentro de aquéllas. Tal es el objeto de este escrito.

El tercer capítulo puede considerarse como el resumen de "El Libro de los Espíritus" (Editorial ELA). Es la resolución, por medio de la doctrina espiritista, de un cierto número de problemas de sumo interés, pertenecientes al orden psicológico, moral y filosófico, que diariamente nos proponemos y a los cuales ninguna filosofía ha dado hasta hoy solución satisfactoria. Trátese de resolverlos por cualquier otra teoría, sin la clave que proporciona el Espiritismo y se verá que respuestas son más lógicas y cuáles satisfacen más a la razón. Este punto de vista es útil no solamente a quienes comienzan, quienes podrán desde él conocer en poco tiempo y con poco trabajo las nociones más esenciales, sino también y mucho, a los adeptos a quienes proporcionará medios de contestar a las primeras objeciones, que nunca dejan de hacérselas y además, porque encontrarán reunidos, en un estrecho espacio y a la primera ojeada, los principios que nunca deben olvidar.

Respondiendo desde ahora y sumariamente a la pregunta formulada en el título de este libro, diremos lo siguiente:

"El Espiritismo es a la vez una ciencia de observación y una doctrina filosófica. Como ciencia práctica, consiste en las relaciones que pueden establecerse con los espíritus; como doctrina filosófica, comprende todas las consecuencias morales que se desprenden de semejantes relaciones".

Podemos definirlo así: “El Espiritismo es la ciencia que trata de la naturaleza, origen y destino de los espíritus y de sus relaciones con el mundo corporal”.

Introducción

En el año 1848, llamaron la atención en los Estados Unidos de América diversos fenómenos extraños, que consistían en ruidos, golpes y movimientos de objetos sin causa conocida. Estos fenómenos, con frecuencia, tenían lugar espontáneamente con una intensidad y persistencia singulares; pero se notó también que se producían, más particularmente, bajo la influencia de ciertas personas que se designaron con el nombre de médiums, quienes podían, hasta cierto punto provocarlos a su voluntad, lo que permitió repetir los experimentos. Con preferencia se servían de mesas, no porque este objeto fuese mejor que otro, sino simplemente porque es móvil, más cómodo y porque podemos más fácil y naturalmente sentarnos junto a una mesa que junto a cualquier otro mueble. Se obtuvo de este modo la rotación de la mesa y después movimientos en todas direcciones, saltos, caídas, elevaciones, golpes violentos, etc. Este fenómeno fue designado, en un principio, con el nombre de “mesas giratorias” o danza de las mesas. Hasta aquí el fenómeno podía explicarse perfectamente por una corriente eléctrica o magnética, o por la acción de un fluido desconocido y ésta fue la primera opinión que se formó. No tardó en reconocerse en estos fenómenos, efectos inteligentes de manera que los movimientos obedecían a la voluntad; la mesa se dirigía a la derecha o a la izquierda de una persona determinada, se levantaba cuando se le mandaba, sobre una o dos patas, daba los golpes que se le pedían, marcaba el compás, etc. Quedó probado desde entonces, con evidencia, que la causa no era puramente física y según el axioma de que si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente, se dedujo que la causa de este fenómeno debía ser una inteligencia. ¿Cuál era su naturaleza? Esta era la cuestión.

El primer pensamiento fue que podía ser un reflejo de la inteligencia del médium o de los asistentes, pero la experiencia demostró muy pronto la imposibilidad de que así fuera, porque se obtuvieron cosas completamente ajenas al pensamiento y conocimiento de las personas presentes y hasta en contradicción con sus ideas, su voluntad y sus deseos; no podía proceder sino de un ser invisible. El medio de cerciorarse de esto era muy sencillo: se trató de entrar en conversación con aquel ser, lo que se hizo por medio de un convenido número de golpes que significaban sí o no o designaban las letras del alfabeto y se obtuvieron de este modo respuestas a las diferentes preguntas que se le hacían. Este fue el fenómeno que se designó con el nombre de “mesas parlantes”. Preguntados todos los seres que se comunicaban de este modo sobre su naturaleza, declararon ser espíritus y pertenecer al mundo invisible. Habiéndose producido los mismos efectos en un gran número de localidades, por medio de diferentes personas y siendo observados además, por hombres muy respetables y muy ilustrados, no era posible que fuesen juego de una ilusión. Este fenómeno, desde América pasó a Francia y al resto de Europa y

durante algunos años, las mesas giratorias o parlantes estuvieron de moda, llegando a ser la diversión de los salones. Luego, el fenómeno presentó un nuevo aspecto que le hizo salir del círculo de simple curiosidad. Las comunicaciones por golpes eran lentas e incompletas; se notó que adaptando un lápiz a un objeto movable, como una cestita, tablita u otra cosa sobre la cual se apoyaban los dedos, se ponía el objeto en movimiento y trazaba caracteres. Más tarde, se reconoció que aun estos objetos no eran más que accesorios, de los cuales se podía prescindir. La experiencia demostró que el espíritu, obrando sobre un cuerpo inerte para dirigirlo a su voluntad, podía tener acción del mismo modo sobre el brazo o la mano para conducir el lápiz. Entonces se obtuvieron “médiums escribientes”, esto es, personas que escribían de una manera involuntaria a impulso de los espíritus, las cuales venían a ser de este modo instrumentos e intérpretes de los espíritus. Desde este momento, las comunicaciones no tuvieron límites y el intercambio de pensamientos pudo hacerse con tanta rapidez y extensión como entre los vivos. Era pues, un vasto campo abierto a la exploración, el descubrimiento de un nuevo mundo: el “mundo de los invisibles”, como el microscopio había hecho descubrir el mundo de los infinitamente pequeños.

¿Qué espíritus son éstos? ¿Qué destino tienen en el Universo? ¿Con qué fin se comunican con los mortales? Tales fueron las primeras preguntas que se trataron de resolver. Se supo muy pronto por ellos mismos, que no son seres excepcionales en la Creación, sino las mismas almas de aquellos que han vivido en la Tierra o en otros mundos; que estas almas, después de haberse despojado de la envoltura corporal, pueblan y recorren el espacio. Y no fue ya lícito ponerlo en duda cuando entre ellos se reconocieron parientes y amigos, con los cuales se pudo entablar conversación, al venir a dar pruebas de su existencia, a demostrar que solo muere el cuerpo, que el alma o espíritu vive siempre y nos hicieron comprender que están aquí a nuestro lado, como durante su vida, viéndonos, observándonos, rodeando solícitos a aquellos a quienes han amado y cuyo recuerdo es para ellos una dulce satisfacción.

Los golpes y los movimientos son para los espíritus, un medio de atestiguar su presencia y llamar sobre ellos la atención, de la misma manera que lo haría una persona para avisar que alguien llama. Los hay que no se limitan a ruidos moderados, sino que producen un alboroto semejante al de la vajilla cuando se rompe, al de las puertas cuando se abren y cierran o al de los muebles cuando son arrastrados por el suelo. Por medio de estos golpes y movimientos convencionales han podido expresar sus pensamientos; pero la escritura ha puesto a su alcance un medio más completo, más rápido y más cómodo y por esto la prefieren a todos los otros. Por la misma razón que pueden formar caracteres, pueden guiar la mano para hacer trazar dibujos, escribir música, ejecutar un trozo de ella en un instrumento cualquiera; en una palabra, en defecto de su propio cuerpo, que no tienen ya, se sirven del cuerpo del médium para manifestarse a los hombres de una manera palpable.

Los espíritus pueden también manifestarse de muchas maneras, entre ellas la visión y la audición. Ciertas personas llamadas “médiums auditivos” tienen la facultad de oírles y pueden así conversar con ellos; otros los ven; éstos

son “médioms videntes”. Los espíritus que se manifiestan a la vista se presentan generalmente bajo una forma análoga a la que habían tenido durante su vida, pero vaporosa; otras veces esta forma tiene todas las apariencias de un ser viviente, hasta el extremo de producir completa ilusión y de que a veces se les haya tomado por personas de carne y hueso, con las cuales se ha podido hablar y cambiar apretones de manos, sin saber que se trataba con los espíritus más que por su desaparición instantánea.

La vista general y permanente de los espíritus es muy rara, pero las apariciones individuales son muy frecuentes, sobre todo en el momento de la muerte. El espíritu, desprendido del cuerpo, parece que se da prisa en ir a ver a sus parientes y amigos, como para advertirles que acaba de dejar la Tierra y manifestarles que vive aún. Evoque cada uno sus recuerdos y entonces verá cuántos hechos auténticos de este género, a los cuales no se ha hecho caso, han tenido lugar, no solamente por la noche durante el sueño, sino en pleno día y en el estado más completo de vigilia. En otro tiempo se miraban estos hechos como sobrenaturales y maravillosos y se atribuían a la magia y a la brujería; hoy los incrédulos los achacan a la imaginación, pero desde que la ciencia espiritista ha dado la clave de ellos, se sabe cómo se producen y que no salen del orden de los fenómenos naturales. El Espiritismo, sin embargo, no es un descubrimiento moderno; los hechos y los principios en que descansa se pierden en la oscuridad de los tiempos, porque se encuentran sus huellas en las creencias de los pueblos, en todas las religiones, en la mayor parte de los escritos sagrados y profanos, sólo que los hechos incompletamente observados han sido interpretados con frecuencia con arreglo a las ideas supersticiosas de la ignorancia y sin haber deducido de ellos todas las consecuencias. En efecto, el Espiritismo está fundado en la existencia de los espíritus, pero no siendo estos más que las almas de los hombres, desde que hay hombres hay espíritus. El Espiritismo pues, ni los ha descubierto ni inventado. Si las almas o espíritus se manifiestan a los vivos, es porque esto es natural y desde luego han debido hacerlo en todas las épocas. Así es que de todas ellas y en todas partes se hallan pruebas de sus manifestaciones, las cuales abundan, mayormente, en los relatos bíblicos. Lo moderno es la explicación lógica de los hechos, el conocimiento más completo de la naturaleza de los espíritus, de su misión y de su modo de obrar, la revelación de nuestro estado futuro y finalmente su constitución en un cuerpo científico y doctrinario con sus diversas aplicaciones. Los antiguos conocían el principio, los modernos conocen los detalles.

En la antigüedad, el estudio de esos fenómenos era privilegio de ciertas clases, que no los revelaban más que a los iniciados en sus misterios. En la Edad Media, aquellos que se ocupaban de ellos ostensiblemente eran vistos como hechiceros y se les quemaba. Pero hoy no hay misterios para nadie, a nadie se quema, todo se hace a la luz del día y todo el mundo está dispuesto a ilustrarse y a practicar, porque en todas partes se encuentran médiums y cada uno puede serlo, más o menos. La doctrina que enseñan hoy los espíritus no tiene nada de nuevo; se encuentran fragmentos de ella en la mayor parte de los filósofos de la India, de Egipto y de Grecia y la doctrina completa está en la enseñanza de Cristo.

¿A qué viene pues el Espiritismo?

A confirmar con nuevos testimonios, a demostrar con hechos, verdades desconocidas o mal comprendidas y a restablecer en su verdadero sentido aquellas que han sido mal interpretadas o voluntariamente alteradas.

Cierto es que el Espiritismo no enseña nada nuevo: ¿pero es poco probar de una manera patente e irrefutable la existencia del alma, la supervivencia al cuerpo, su individualidad después de la muerte, su inmortalidad y las penas y recompensas futuras?

Desde el punto de vista religioso, el Espiritismo tiene por base las verdades fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma, la inmortalidad, las penas y las recompensas futuras, pero es independiente de todo culto particular. Su fin es probar la existencia del alma a los que la nieguen o dudan de ella; que sobrevive al cuerpo y que sufre después de la muerte las consecuencias del bien o del mal que ha hecho durante la vida corporal, lo cual pertenece a todas las religiones. Como creencia en los espíritus, pertenece a todas las religiones y forma parte de todos los pueblos, puesto que donde hay hombres hay almas o espíritus, puesto que las manifestaciones han tenido lugar siempre y su relato se encuentra en todas las religiones sin excepción. Se puede ser pues, griego o romano, protestante, judío o musulmán y creer en las manifestaciones de los espíritus y por consiguiente, ser espírita; la prueba está en que el Espiritismo tiene adeptos en todas las sectas.

Como moral, es esencialmente cristiano, porque la que enseña no es más que el desarrollo y la aplicación de la de Cristo, la más pura de todas y cuya superioridad no es negada por nadie; prueba evidente de que es la ley de Dios y que la moral está a disposición de todo el mundo.

Siendo independiente el Espiritismo de toda forma de culto, no prescribiendo ninguno, y no ocupándose de dogmas particulares, no es una religión especial, porque no tiene sacerdotes ni templos. A los que le preguntan si hacen bien o mal en seguir tal o cual práctica, responde: "Si creéis vuestra conciencia obligada a hacerlo, hacedlo: Dios tiene siempre en cuenta la intención. En una palabra, no se impone a nadie; no se dirige a los que teniendo fe, están satisfechos con ella, sino a la numerosa categoría de los vacilantes e incrédulos. No se los arrebató a la iglesia, puesto que moralmente se han separado de ella total o parcialmente; les hace recorrer las tres cuartas partes del camino para volver a aquélla, a la cual toca hacer lo demás".

Es verdad que el Espiritismo combate ciertas creencias, tales como las penas eternas, el fuego material del infierno, la personalidad del diablo, etc., ¿pero no es verdad que estas creencias, impuestas como absolutas, han creado en todas las etapas de la Humanidad incrédulos y los hacen aún hoy en nuestros días? Y si el Espiritismo, dando a estos y a otros dogmas una interpretación racional, conduce a la fe a aquellos que la abandonan, ¿no presta un servicio a la religión? Así es que un venerable eclesiástico decía con respecto a este asunto: "El Espiritismo hace creer algo y vale más creer algo que no creer en nada del todo."

No siendo los espíritus más que las almas, no pueden negarse aquellos sin negar éstas. Admitiendo las almas o espíritus, la cuestión, reducida a su

más simple expresión, es ésta: ¿las almas de aquellos que han muerto se pueden comunicar con nosotros?

El Espiritismo prueba la afirmación con hechos materiales: ¿qué prueba puede darse de que no sea posible? Si lo es, todas las negaciones del mundo no impedirán que lo sea, porque esto no es ni un sistema, ni una teoría, sino una ley de la Naturaleza y contra las leyes de la Naturaleza es impotente la voluntad del hombre. Es pues preciso, aceptar de buen o de mal grado las consecuencias y conformar a ellas sus creencias y sus costumbres.

Capítulo I: Breve conferencia espiritista

Diálogo primero: El crítico

Visitante: Le diré a usted, caballero, que mi razón se resiste a admitir la realidad de los extraños fenómenos atribuidos a los espíritus, que estoy persuadido de ello, sólo existen en la imaginación. No obstante, deberíamos inclinarnos ante la evidencia y así lo haría yo, si pudiese tener pruebas irrefutables. Vengo pues, a solicitar de su amabilidad el permiso de asistir únicamente, para no ser indiscreto, a una o dos sesiones a fin de convencerme, si es posible.

Allan Kardec: Caballero, desde el momento en que su razón se resiste a admitir lo que nosotros tenemos por hechos positivos, es porque la cree superior a la de todas las personas que no participan de sus opiniones. No pongo en duda su mérito y no tengo ninguna pretensión en hacer superior mi inteligencia a la suya. Admita usted pues, que yo vivo engañado, puesto que es la razón quien le habla y asunto concluido.

V.: Sin embargo, sería un milagro, eminentemente favorable a su causa, que llegase a convencerme a mí, que soy conocido como antagonista de sus ideas.

A.K.: Lo siento, pero no tengo el don de hacer milagros ¿Usted cree que una o dos sesiones bastarían para convencerle? Eso sería en efecto, un verdadero milagro. Yo he necesitado más de un año de trabajo para convencerme a mi mismo, lo que le prueba que si soy espírita, no ha sido de ligeras. Por otra parte, caballero, yo no doy sesiones, y según parece, usted está equivocado sobre el objeto de nuestras reuniones, dado que no hacemos experimentos para satisfacer la curiosidad de nadie.

V.: ¿Usted no desea pues, hacer prosélitos?

A.K.: ¿Por qué debería desear hacer de usted uno de ellos, si usted no lo desea? Yo no violento ninguna convicción. Cuando encuentro personas que sinceramente desean instruirse y que me honran, pidiéndome aclaraciones, es para mí un placer y un deber contestarles con arreglo a mis conocimientos. Pero con los antagonistas que como usted, tienen convicciones fijas, no doy un paso para atraerlos, dado que encuentro bastantes personas dispuestas y no pierdo el tiempo con las que no lo están. Sé que tarde o temprano llegará la convicción por la fuerza de las cosas y que los más incrédulos serán arrastrados por la corriente; algunos partidarios más o menos no hacen falta por ahora en la balanza. Por eso no me verá usted nunca exasperarme para que participen de nuestras ideas aquellos que tienen tan buenas razones como usted para alejarse de las mismas.

V.: Sería, sin embargo, más útil el convencerme de lo que usted cree ¿Quiere usted permitirme que me explique con franqueza, prometiéndome no ofenderse por mis palabras? Expondré mis ideas sobre el asunto y no sobre la persona a quien me dirijo. Puedo respetar a ésta, sin participar de su opinión.

A.K.: El Espiritismo me ha enseñado a prescindir de las mezquinas susceptibilidades del amor propio y a no ofenderme por palabra alguna. Si las suyas salvan los límites de la urbanidad y de la conveniencia, deduciré de

aquellas que es usted un hombre mal educado y nada más. Por lo que a mí respecta, prefiero abandonar a los otros los errores, que participar de ellos. Solo así comprenderá usted que el Espiritismo sirve de algo.

Lo repito caballero, no tengo ningún empeño en que usted sea de mi opinión; respeto la suya, si es sincera, como deseo que se respete la mía. Pero ya que trata usted al Espiritismo de ilusión fantástica, se habrá dicho al dirigirse a mi casa: "Vamos a ver a ese loco". Confiéselo francamente, que no me enfadaré por eso. Todos los espíritas somos locos, esto es lo que se piensa normalmente. Pues bien caballero, puesto que usted juzga al Espiritismo como una enfermedad mental, sería para mi un cargo de conciencia el comunicársela y me maravilla que teniendo tal idea, desee adquirir una convicción que le incluirá en el número de los locos. Sí anticipadamente está persuadido de que no le podrán convencer, el paso que ha dado es inútil, porque no tiene otro objeto que la curiosidad. Concluyamos pues, se lo ruego, porque no estoy para perder el tiempo en conversaciones sin objeto.

V.: Podemos engañarnos, hacernos ilusiones, sin ser por ello locos.

A.K.: Hable usted sin rodeos. Diga como tantos otros, que el Espiritismo pasará como un soplo, pero habrá de convenir en que la doctrina que en algunos años ha hecho millones de prosélitos en todos los países, que tiene sabios de toda clase y que se propaga preferentemente en las clases ilustradas, es una manía especial digna de examen.

V.: Que tengo mis ideas sobre el particular es cierto, pero no son de tal modo absolutas, que no consienta en sacrificarlas a la evidencia. Decía caballero, que debe usted tener cierto interés en convencerme. Le confesaré que voy a publicar un libro en que me propongo demostrar expreso lo que considero un error. Y como semejante libro tendrá gran aceptación y derrotará a los espíritus, no lo publicaría si usted llegase a convencerme.

A.K.: Me dolería en el alma, caballero, privarle a usted de los beneficios de un libro que ha de tener tamaña trascendencia. Además, no tengo ningún interés en impedirle que lo publique; le deseo por el contrario, una gran popularidad, pues nos servirá de prospecto y de anuncio. El ataque dirigido a una cosa despierta la atención; muchas personas quieren ver su pro y su contra y la crítica la hace conocer de aquellos que ni siquiera pensaban en ella. Así es como sin saberlo, se hace la mayoría de las veces de reclamo en provecho de aquellos a quienes se quiere perjudicar. Por otra parte, la cuestión de los Espíritus es tan interesante, pica la curiosidad hasta tal punto, que basta llamar sobre ella la atención para despertar deseos de profundizar en ella.

V.: Por lo tanto y según usted, ¿la crítica no sirve para nada, la opinión pública no tiene ningún valor?

A.K.: Yo no veo en la crítica la expresión pública, sino una opinión individual que puede engañarse. Lea usted la historia y verá cuántas obras maestras han sido criticadas a su aparición, lo que no ha impedido que continuaran siéndolo. Cuando una cosa es mala, todos los elogios posibles no conseguirán hacerla buena. Si el Espiritismo es un error, caerá por si mismo; si es una verdad, todas las diatribas no harán de él una mentira. Su libro será una apreciación personal y la verdadera opinión pública decidirá si es exacta. Para ello se

querrá ver y si más adelante se reconoce que usted estaba equivocado, su libro será ridículo, como los publicados en otro tiempo contra la teoría de la circulación de la sangre, de la vacuna, etc.

Pero me olvidaba de que usted ha de tratar la cuestión exprofeso, lo que quiere decir que la ha estudiado en todas sus fases; que ha visto todo lo que se puede ver, leído lo que se ha escrito sobre el particular, analizado y comparado las diversas opiniones; que se ha encontrado en las mejores condiciones para observar por usted mismo, que ha consagrado a dicho estudio noches enteras durante muchos años; en una palabra, que no ha descuidado usted nada para llegar al hallazgo de la verdad. Debo creerlo así, siendo un hombre formal, porque sólo el que practica todo lo indicado tiene derecho a decir que habla con conocimiento de causa.

¿Qué pensaría usted de un hombre que se erigiese en censor de una obra literaria sin conocer la literatura, de un cuadro sin haber estudiado la pintura? Es principio de lógica elemental que el crítico deba conocer, no superficialmente, sino a fondo, el asunto de que habla, sin lo cual carece de valor. Para combatir un cálculo, se ha de aducir otro; pero para ello es preciso saber calcular. La crítica no debe limitarse a decir que una cosa es buena o mala, es necesario que justifique su opinión con una demostración clara y categórica, basada en los principios del arte o de la ciencia. ¿Y cómo podrá hacerlo si los ignora? ¿Podría usted apreciar las excelencias o defectos de una máquina sin conocer la mecánica? No; pues bien, su juicio sobre el Espiritismo, que no conoce, no tendrá más valor que el que emitiera sobre la indicada máquina. Será usted sorprendido a cada instante en flagrante delito de ignorancia; porque los que habrán estudiado el Espiritismo verán enseguida que está fuera de la cuestión, de donde deducirán o que no es usted un hombre serio o que no procede de buena fe. En uno y otro caso, se expondrá a recibir un chasco poco agradable a su amor propio.

V.: Precisamente para salvar ese escollo vengo a rogarle que me permita presenciar algunos experimentos.

A.K.: ¿Y cree usted que esto le bastará para hablar exprofeso del Espiritismo? ¿Cómo podrá comprender dichos experimentos y lo que es más, juzgarlos, si no ha estudiado los principios que les sirven de base? ¿Cómo podrá usted apreciar el resultado, satisfactorio o no, de los experimentos metalúrgicos, por ejemplo, sin conocer a fondo la metalurgia?

Permítame decirle a usted, caballero, que su proyecto es absolutamente semejante al del que, no sabiendo matemáticas ni astronomía, dijese a uno de los miembros del Observatorio: "Caballero, pienso escribir un libro sobre astronomía y probar además que su sistema es falso, pero como que no tengo ni idea al respecto, permítame usted mirar dos o tres veces por los telescopios. Esto me bastará para saber tanto como usted".

Por extensión únicamente, la palabra criticar es sinónimo de censurar; en su acepción normal y según su etimología, significa juzgar, apreciar. La crítica, pues, puede ser aprobatoria o reprobatoria. Criticar un libro no equivale precisamente a condenarlo; el que se encargue de esta tarea debe desempeñarla sin ideas preconcebidas. Pero si antes de abrir el libro lo ha condenado ya